

III Domingo del Tiempo Ordinario (Año Par)

Jueves

Mc 4, 21-25

La medida que se use para tratar a los demás, se usará para sí mismo.

¡Tenemos derecho a ser tratados como merece vuestra dignidad de personas e hijos de Dios! Pero, al mismo tiempo, ¡tenemos el deber de tratar a los demás de igual modo!, es decir, "Lo que no desees para ti, no lo hagas con los demás" (Tobías 4, 15).

Esto exige que seamos afables, hospitalarios, sinceros en nuestras palabras y en nuestro corazón, prudentes y discretos, generosos y disponibles para el servicio, capaces de ofrecer personalmente y de suscitar en todas relaciones lazos y fraternas, dispuestos a comprender, perdonar y consolar.

Por tanto, evitemos ser encerrados en sí mismos, huraños e incapaces de mantener relaciones normales y serenas con los demás.

Nosotros, como seres humanos no podemos vivir sin amor. No estamos hechos para permanecer para sí mismos, nuestra vida está privada de sentido si no se nos revela el amor, si no nos encuentra con el amor, si no lo experimentamos y lo hacemos propio, si no participamos en amor vivamente".

El amor de Cristo, derramado en nuestros corazones, nos impulsa a amar a los hermanos y hermanas hasta asumir sus debilidades, sus problemas, sus dificultades; en una palabra, hasta darnos a nosotros mismos, como nos gustaría que sucediera en nuestra vida.

Cristo da a la persona dos certezas fundamentales: la de ser amada infinitamente y la de poder amar sin límites. La convivencia consiste fundamentalmente en la misericordia. Así, de esta manera tangible, visible, Jesús nos manifiesta a Dios como amor incondicional por el hombre y la vida de todo hombre. La Iglesia mira a los hombres con la misma ternura y con la misma libertad con la que Jesucristo actúa, que no es otra que la libertad para amar al hombre, la que refleja el rostro de Dios. Mira a los hombres con la misma misericordia de Jesucristo y, a partir de ahí, les abre la esperanza de que todas las cosas pueden empezar siempre de nuevo y reemprenderse el camino que tiene en Dios una meta cierta: la del triunfo sobre toda violencia y toda muerte.

Padre Félix Castro Morales

Fuente: <http://parroquiadelasoledad.org/> (Con permiso a homiletica.org)